



2CF 5222

Crítica

Las Deshoras De Barquero

A Deshora
Editorial Sudamericana, Santiago, 1992, 131 pá-
ginas.

Mujeres de Oscuro
Editorial Sudamericana, Santiago, 1992, 113 pá-
ginas.

El Viejo y el Niño
Editorial Andrés Bello, Santiago, 1992, 97 pá-
ginas.
Efraín Barquero

por Ana María Larraín

DESDE *La Compañera* (1956) hasta *Epifanías* (1970), este poeta chileno nos había venido regalando, en cuatro etapas claramente definidas, la evolución feliz de un lenguaje, a pesar de todo, siempre fiel a sí mismo. La tierra, la búsqueda del sentido de la vida y unos hermosos *Poemas Infantiles* se vieron opacados por un período panfletario de poca monta, tras el cual apareció esta especie de síntesis conformada por sus tres últimas obras.

Asimilado a la corriente lírica, aunque no pertenece a La Frontera, los espacios míticos aparecen en él ritualizados por la individualidad del recuerdo de su infancia transcurrida en la zona central. Los ancestros, ligados al trabajo y al código ético de él derivado, humanan sin grandilocuencia, con matices más umbrosos que brillantes, una materia, si no divinizada, dotada de profunda trascendencia. Poetizando actos, vínculos, gestos y valores, su voz ahora recupera por la pa-

labra la armonía del cosmos, puesto que la poesía es "el único acto religioso que va quedando". Efraín Barquero se hace uno con el viandante que camina sacralizando la tierra. Su lenguaje está acutado a la sencillez de lo elemental y al devenir de lo cotidiano, poblado en estos tres libros del hombre, las mujeres-madres y el niño.

En ellos, sin embargo, está presente la muerte o el tiempo no reconocido, en un mundo sónico impregnado de calor y afecto: la casa, el fuego, la mesa, la lámpara. A *Deshora* es, en su primera parte, despedidas que son nieve y son lluvia; "rios que se parecen como la sombra de los hombres"; una mujer intangible, etérea, que "camina por el agua y vuela por el aire"; un hablante masculino que siempre retrocede "para escuchar unos pasos". Y es tierra y es campanas, hombres que se

olvidan y nunca regresan, un vaso de agua fresca junto al ruido de la noria, amén del viajero y su extrañeza, su no pertenencia al regreso, "porque algo se nos perdió para siempre". La segunda parte son poemas cargados de humanidad, tocados por la magia suave de un verbo que despierta ("¿tú lo desposas con el primer aroma/ (...) tú lo desposas con sus mudas pregun-
tas"). De pronto, espere, irrumpen la violencia fea del hambre "que vomitaba la comida", junto a una calma belleza: "la mujer trae la lámpara; el hombre trae el vino (...)". También la constatación serena del dolor, en imágenes profundamente decididas por su simplicidad. La tercera parte es *Ella*. La mujer amada, la bella; el vínculo sagrado y místico de los esposales. O el hombre que "guarda un cuerpo limpio en gratitud a su camina", guardando algo más que su propio misterio.

Mujeres de Oscuro, en cambio, se presenta en una tonalidad menor —a veces extremadamente narrativa y con abuso de elementos comparativos explícitos—, pero en él relucen versos tan buenos como el de esas "reinas de alto respaldo nocturno" cuya voz lo abraza a uno "en la oscuridad de las cocinas". Un lenguaje distinto al de A *Deshora*, fuerte y punzante a ratos, donde hay "manos muertas buscando una llave" y evocaciones nostálgicas de "una edad misteriosa", con imágenes de gran sugerencia ("La mujer estrecha su cintura con susos temblorosas" y derrama en un vaso un collar invisible").

El Viejo y el Niño averigua, en esos dos respectivos tiempos vitales, de qué están hechos los espejos o cómo un reflejo se sorprende de su propio reflejo, con la nostalgia de los días amados en un camino salpicado de contrastes: poeta del sol y de la luna, dos caras de una misma realidad. Poesía de tramas breves escritas en prosa con una estructura dialógica y acortada en lo externo y, en lo interno, bimensura. Sombras que son voces complementarias, un largo cuerpo que encuentra sus soledades sin originalidad, pero estableciendo una línea que no es principio ni fin, sino fusión de la sangre, continuidad y amor. Un amor hecho de pasos y ecos, de un suspiro "suave como el pelaje de las nubes y el dorso de las manos" y de una sola edad que se llama... distancia. Hay poesía y auténtica poesía, pero básicamente hay prosa, y ésta no es feble, salvo en esas raras rapaces en que Barquero desafía desbarrandose en pedagogía, retórica y lugares comunes.

«Escritura pasada de moda, la de Barquero, ¿tome» en su planicie? La belleza no tiene tiempo ni el buen lenguaje se define por sus sobresaltos. ■

El MERCURIO SANTIAGO 5 JUNIO 1994 PÁG. 2 SUPLEMENTO



Biografía

NACIDO en 1931, el poeta chileno Efraín Barquero —seudónimo de Sergio Efraín de la Cruz Barahona Jofre— ha viajado y residido en diferentes países. Durante el gobierno de Salvador Allende fue Agregado Cultural en Francia. Algunos de sus títulos son: El pan del hombre, La compañera, Enjambre. El regreso, Poemas infantiles, El viento de los reinos y Epifanías, entre otros.



Efraín Barquero

Las deshoras de Barquero [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Las deshoras de Barquero [artículo] Ana María Larraín. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile